

La mediación: un proceso social, humano y educativo de afectividades compartidas

Sonia Andrade¹

Resumen

El presente artículo trata de la mediación como un proceso polifacético que se inserta en el campo de la afectividad humana. Se parte de un recorrido caleidoscópico desde las características de una posmodernidad signada por los conflictos y la necesaria presencia de la mediación bajo una estructura superior de afectos compartidos y convivenciales. Las ideas y su respectivo análisis, concentran su atención en los postulados y disertaciones de Martínez-Otero (2006) sobre la educación afectiva, lo cual permite conectar lo afectivo con el tema de la mediación, en tanto que se postula que no puede existir una verdadera y asertiva mediación para la resolución de conflictos, sin que haya un conocimiento de los sentimientos y emociones que signan la vida física, material y espiritual de los involucrados en un conflicto o encuentro de pareceres.

Palabras Clave: sociedad, educación, afecto, mediación y conflictos.

1 Lic. en Letras y en Educación, Magister en Literatura Iberoamericana. Docente de Postgrado de la Universidad Pedagógica Libertador. Núcleo Mérida. Adscrita al Grupo de Investigación y Postgrado UPEL-NIME. Mérida-Venezuela. Sector Milla. 0274-2529225. soniamolinales@hotmail.com.

ABSTRAC

Mediation: a social, human and educational process shared affectivities

The present article trafficking of mediation as a multifaceted process that is inserted in the field of human affection. You are based on a kaleidoscopic journey from the characteristics of a postmodern marked by conflict and the necessary presence of mediation under a superior structure of emotions shared and convivenciales. Ideas and examination, concentrated its attention in the postulates and Martínez-Otero (2006) dissertations on the affective education, allowing to connect affective with the subject of the mediation, while it is postulated that there can be real and assertive mediation for the resolution of conflicts, without that there is a knowledge of the feelings and emotions that signan the physical lifematerial and spiritual of those involved in a conflict or encounter of views.

Keywords: *society, education, affection, mediation and conflict.*

Introducción

En tiempos tan controversiales como los actuales, denominados posmodernos o contemporáneos nadie duda o pone en tela de juicio, la importancia de la afectividad como sinónimos de sentimientos o emociones en el desarrollo integral de cualquier individuo. Socialmente aceptada la afectiva alude a un sistema integral de sinergias entre el cuerpo, la mente y el alma. Esta integralidad está presente desde el nacimiento del niño ampliándose y diversificándose a medida que crece y es influenciada por un determinado entorno social. La oleada de situaciones y cambios vertiginosos en todos los estadios de la vida social de un individuo, sólo ratifican que el ser humano como sujeto² natural de convivencia, es un ente que siente y padece representando en el diario vivir, afectos indisolublemente ligados a conductas, necesidades, intereses y motivaciones.

2 En el presente artículo se asume la noción de sujeto, - hombre, mujer, niño o niña- partiendo de la idea de Vygotsky para el cual el sujeto humano actúa sobre la realidad circundante para adaptarse a ella modificándola y modificándose a sí mismo a través de catalizadores internos de orden psicológico denominados "mediadores". Esa relación se basa en la interactividad concomitante y se conecta con un conjunto de acciones culturalmente determinadas y contextualizadas que se lleva a cabo en cooperación con otros. Las acciones crean vínculos bidireccionales basados en la mediación.

Cualesquiera que sean los aspectos peculiares de la afectividad, puesto que es una variables muy amplia, imposible de ser calculada de manera científica o estadística, hay que reconocer, como principio lógico y analítico, que la misma dirige, en gran medida, el curso de vida de un individuo – niño, niña, hombre o mujer- y se le asume como un indicador importante dentro de un determinado contexto de racionalidad humana. Vale decir que el individuo, nace con un vínculo afectivo intrínseco que al pasar los años se conecta con relaciones humanas complejas, constituyendo una determinada personalidad, signadas estructuras de comportamiento tendientes, en general, a la participación como sujeto activo y productivo. Esta esencia es irrenunciable y funciona como principio de justicia social, sin ella, es utópico hablar de mecanismos de justicia o de inclusión social.³

Afectividad y Comportamiento social

La idea la afectividad, no funciona como una fórmula estática, antes bien son muchos los aspectos endógenos y exógenos que contribuyen a formar estructuras afectivas colectivas o individuales que a la larga llegan a involucrarse de manera protagónica en la denominada evolución de los comportamientos sociales. (Debesse y Mialaret: 1976).

De lo anteriormente expuesto se establecen dos consideraciones fundamentales, instauradas como las caras de una misma moneda llamada, ser humano, en primer lugar este ser cognoscente es afecto y en segundo lugar es convivencia. Estas dos fisonomías no son inalterables, sino dinámicas y hasta cierto punto adaptativas en la medida en que se conectan con un orden superior llamado sociedad. Tampoco son disposiciones rígidas, pues la misma sociedad, a través de sus órganos con competencia social-institucional y los no institucionalizados, se encargan de postular exigencias conceptuales,

3 El presente artículo fue diseñado tomando en consideración los planteamientos expuestos en un seminario Doctoral dictado por el Dr. Valentín Martínez-Otero de la Universidad Complutense de Madrid, en la Facultad de Humanidades y Educación ULA- Mérida, en el mes de Septiembre del año 2011 intitulado “La Inteligencia Afectiva y las Relaciones Interpersonales en la Educación”, las ideas expuestas son vistas, reelaboradas y complementadas con una visión sociológica de corte holístico bajo parámetros hermenéuticos y sociológicos.

actitudinales y procedimentales en conexión directa con la misma dinámica cultural del entorno en que se vive y actúa. Tal situación, obliga a campos humanísticos y de construcción social como la educación a descubrir y propiciar situaciones de aprendizaje significativo, que hagan posible la confluencia de afectos compartidos y que desde ésta visión formativa, sea posible hablar de un mundo mejor y más justo en todas sus polifacéticas dimensiones.

Una reflexión, que parece acompañar a las ideas expuestas es la que precisa a la afectividad como el lugar y residencia de estructuras axiológicas ligadas indisolublemente a un pilar complejo y profundamente humano llamado amor. La definición de Martínez-Otero (2006: 4) agrega ingredientes fundamentales para la comprensión más o menos lógica de un concepto que responde como un principio a la propia naturaleza humana, "La afectividad es un conjunto de fenómenos internos, subjetivos, que, en mayor o menor cuantía, conmueven al sujeto y que pueden vivenciarse de modo positivo o negativo. Las experiencias afectivas oscilan entre ambos polos con distinta intensidad, duración y especificidad. Permiten sentir y relacionarse singularmente con la realidad interna y externa".

De esta definición se pueden desentrañar tres aspectos relevantes, en tanto que afectividad es multiplicidad de fenómenos, como lo explicita el autor citado, tal situación exige detectar los espacios ocultos o subrepticios de todo aquello que tiende a conmover a un sujeto, aunado a esta suerte de particularidad intrínseca se establece un segundo aspecto relacionado con el sentido vivencial, un sentido de primer orden en tanto que el ser humano es un ente de relaciones e interconexiones expuesto a la influencia de factores tan versátiles como la sociedad misma. El tercer aspecto es un campo de proyección personal asociado a la intensidad de la afectividad pero también a la capacidad de percibir sensaciones que estigmatizan directa e indirectamente el amplio caleidoscopio de las relaciones interpersonales.

Todo lo expuesto y analizado, se puede diversificar en otras reflexiones y consideraciones tan validas, que sólo ratifican un principio analítico, que vislumbra al tópico de la afectividad como una estructura que viaja a la par de la historiografía humana, navegando con pertinaz

insistencia en cualquier indagatoria que se aprecie de hablar del hombre, como de una energía de la cual es imposible desligarse. Una definición, que intenta ser lo menos manida posible y que evidentemente surge del imaginario de quien escribe este papel, es aquella que entiende a la afectividad como un nutriente interno y externo (psicológica y social) de todo individuo, sustento que le permite ver a ese “otro” en su propia trinchera personal y humana sin que surja algún tipo de juicio valorativo o efecto medusa que fragmente o cause desigualdades.

Si hubiese que dar un ejemplo ilustrativo de lo que es un rasgo afectivo vital, está el momento, sin paragón alguno en que el niño/niña viene al mundo sin la mayor pretensión de ser en una partícula ligada a un espacio y un tiempo del cual no tiene ni siquiera la menor idea, abriéndose a ese mundo con un pequeño llanto, como queriendo decir llegué y soy. En ese instante, el más recordado por la amorosa madre, el ser comienza a influenciar a otros y a ser influenciado por otros. Comienza a navegar por una embarcación de sentimientos, emociones y afectividades que sin duda alguna lo llevarán a algún puerto. Por lo señalado, el ser humano tanto que siente en lo carnal y espiritual, es protagonista potencial de una afectividad concomitante a veces laberíntica como lo explica Martínez-Otero (2007) ⁴ pero necesaria para consolidar cualquier iniciativa vital de sobrevivencia social. Nadie puede desligarse de la afectividad, siendo portador de una estructura expresiva que lo construye y lo conecta con el mundo.

Valga lo expuesto para ratificar, lo que seguramente ya ha sido ratificado con suficiente validez y autoridad por muchos estudiosos del campo de la psicología, la sociología y la educación, la afectividad es una energía intrínseca al ser humano y a su naturaleza social. Dicha esencia, no puede ser negada y cuando es soslayada o adaptada de manera perversa, se está en presencia de atrocidades, de las cuales la historia humana tiene muchas cuentas que rendir. Esta suerte de afectividad, hace que cada ser humano sea un cuerpo físico nutrido por su alma y su espíritu en una triada que se muestra compleja y que

4 La llamada teoría de la afectividad ha sido ampliamente desarrollada en trabajos del Dr. Martínez-Otero (2007) destacándose su libro *la Inteligencia afectiva: teoría, Práctica y Programa*. Editorial CCS: Madrid.

sin lugar a dudas sigue y seguirá dando de que hablar durante muchos años o quizás siglos.

Desde esta reflexión, o quizás auto reflexión, queda señalar que las grandes instituciones sociales como lo son la familia y la escuela, constituidas desde la esencia afectiva de los seres humanos, tienen que cuestionarse continuamente, preguntándose si están realmente cumpliendo con necesidades afectivas, adaptadas, como es lógico, a los tiempos actuales y a las circunstancias. De esta primigenia interrogante vital, debe surgir un diagnóstico y de este primer peldaño se deben tomar las medidas necesarias, para rescatar, redimensionar o simplemente reconsiderar los elementos personales, sociales y grupales que distorsionan las emociones, las acciones y las reacciones de los niños, jóvenes y adultos las cuales modelan a una sociedad y las organizaciones en las que hacen vida.

Lo expuesto, coincide plenamente con las ideas de Martínez-Otero (2006) cuando al hablar del tema de la afectividad expone un planteamiento paradigmático, el cual es imposible evadir o simplemente relegar a un segundo plano, pues la misma sociedad posmoderna caracterizada por una invasión tecnológica llamada nanotecnología (Richard Feynman 1959 y Taniguchi en 1970) y la e-ciencia, clama por una valoración de lo que el hombre siente y padece, sin menoscabo de ningún avance o experiencia científica, al respecto se invita, mediante una exhortación abrumadora a movilizar mente, pensamiento y cuerpo a favor de un colectivo que se erige como la esperanza del futuro.

Aclara Martínez-Otero (2010: 10) que

No podemos permanecer de brazos cruzados para lamentarnos después. Se precisa un trabajo social y educativo en pro de la convivencia. En rigor, vivir exige entrar en saludable relación con los demás, es decir, convivir. Cuando no sucede así la personalización educativa renquea y la identidad se ve amenazada. La ciencia pedagógica debe abanderar la transformación formativa que garantice un marco humano suficientemente consistente en el que niños y adolescentes se desarrollen saludable e integralmente. A tal respecto, y pese a que son numerosos los factores en liza, la

teoría de la inteligencia afectiva que propugnamos se presenta como una atalaya desde la que el educando es contemplado como persona y no como mero individuo racional. Interesa resaltar que, a fuerza de entregarse por igual a los dominios cognitivo y emocional, este enfoque teórico de amplio alcance práctico adopta un rumbo genuinamente humanista.

Razonamiento que sin lugar a dudas, está más que justificado en razón de una sociedad que busca, por medios de sus entes con competencia social, recuperar elementos axiológicos basados en la dignificación del hombre por el hombre.

De la ya irrenunciable vinculación de lo cognitivo y lo emocional, es posible crear un discurso de tipo trasversal, mediante el cual sea posible ajustar los entuertos y artificios históricos que han agravado a la humanidad, sin otro estandarte ortodoxo y dogmático que el de la disciplina, el orden y la aparente justicia social, requiriéndose. Para lograr ésta gran empresa se debe partir de acciones contundentes a favor de la restauración de la afectividad, como un eje trasversal del cual se pueden obtener grandes beneficios, siendo si no el único camino, quizá el más certero de reivindicar a corto y mediano plazo.

Este gran reto, debe estar sustentado en dos columnas pasión y acción y al igual que la famosa Penélope de la Odisea, es posible que héroes anónimos como los maestros y docentes, responsables directos del quehacer educativo, tengan que tejer de día y destejer de noche con la única idea de retomar la fidelidad del hombre hacia el hombre, en un conglomerado de circunstancias que indudablemente tratarán de revertir lo bueno, lo justo lo noble, lo que es de buen nombre, (Filipenses 4: 8) so pretexto de una sociedad ajetreteada y promotora de la excelencia que no puede invertir tiempo en saber lo que siente o padecen sus individuos. Un vacío que sin lugar a dudas, deberá ser colmado con todo tipo de acciones que privilegien la afectividad como una posibilidad prolífica que activa el conocimiento de un individuo permeado por su singularidad personal y su naturaleza social. Se trata de un orden centrado no en una simple exaltación, más bien en una verdadera motivación afectiva y efectiva que reivindique, con todo un cuerpo de exigencias, la esencia misma de todo ser humano, sin distinciones de ningún tipo o condición.

Quizás estamos asistiendo a una renovación de los procesos que le imprimen a la vida de las personas la necesaria valoración de sus potencialidades personales, sociales y educativas, gestándose una postura axiológica que reivindica a la afectividad como un mecanismo que además de activar sinergias educativas y humanas, abre caminos hacia la solución de problemas complejos que sólo pueden ser afrontados desde las carencias de los sujetos, considerándose tanto su interioridad como el sistema social en el cual se desarrolla su actividad vital, en tanto que afectividad y educación no han gozado de una feliz asociación se requiere de un discurso renovado pleno de sabiduría y en el cual sea posible la confluencia del yo y del otro dentro de un panorama de esperanza y profundo sentido de renovación social, educativa y humana.

Mediación: un camino de afectividades compartidas⁵

Cuando se considera a la educación en un sentido amplio y hasta cierto punto indefinible, por su misma amplitud y complejidad, se establece que tal complejidad sobreviene, inevitablemente, por el grupo de sujetos (niños, jóvenes y adultos) que desde muy temprana edad asisten a la escuela o a cualquier entorno educativo con el fin de educarse. Este primer colofón, se bifurca hacia muchas ramificaciones, de tal manera que la vida del hombre difícilmente puede ser concebida sin que surja la educación. Ante esta distinción, el ámbito educativo y todas sus imbricaciones se sistematizan para la trasmisión de tesoros culturales, que sirven de semillero para la comprensión de elementos tanto humanos como tecnológicos y comunicativos.

Se establece, por lo expuesto, que toda educación alberga dos poderosos mecanismos, el primero de ellos constituido por el ser humano en un sentido amplio, y un segundo por sus capacidades comunicativas que lo hacen ser emisor, receptor, canal y código en un juego de roles y adaptaciones del cual es casi imposible desprenderse. Siendo el sujeto una pieza particular con proyección social, sus representaciones

5 El presente artículo asume a la conflictividad y a la medición como ejes transversales de impacto social. conceptos multiabarcantes que signan todas las aristas de la sociedad.

mentales o lo que él concibe como sociedad, se materializan por medio de la palabra, la cual funciona como una fuente casi infinita de informaciones, posibilitando un flujo constante de mensajes sobre un determinado fenómeno, estos mensajes evidentemente estarán signados por la subjetividad, pero que a su vez permitirán que tanto el emisor como el receptor se adentren por senderos prolíficos en lo que respecta a afectos, necesidades e intereses.

Ante lo expuesto, se establece que no puede existir educación sin que en el individuo fluya un continuo ir y venir de afectos y que toda herramienta de aprendizaje, por muy técnica y metódica que sea, jamás podrá pasar por alto este importante factor, pues de él depende en gran medida la conexión necesaria entre el estudiante y el conocimiento. A propósito de lo expuesto aclara González(s/f: 4) que de hecho puede decirse que vivimos emocionalmente (Darder, 2001). Estamos tristes o nos sentimos felices en función de las actividades que realizamos. Así, nos relacionamos más con las personas con las que nos sentimos más a gusto. Nos cuesta trabajar en aquello que no nos motiva y nos entusiasmos cuando algo nos resulta gratificante.

Estas emociones y otras muchas, son responsables en buena medida, de los conflictos que se viven a diario en las instituciones educativas, razón por la cual cualquier intento de restablecimiento del orden o de instauración de un nuevo orden, debe estar atento a las manifestaciones afectivas que hacen acto de presencia, y desde ese ámbito afectivo, formular propuestas dialógicas fundadas desde el amplio y singular campo de la mediación. La idea de mediar desde afectividades compartidas, marcha de manera casi paralela a la de los discursos compartidos. Discursos que reflejan fracturas sociales perceptibles e imperceptibles, donde lo único que parece no haber pasado de moda, es la esencia afectiva y la palabra dicha, sentida o modificada para satisfacer al interlocutor. Tal apreciación es el reflejo de un dolor, pasión, alegría y de la enorme necesidad de atención, en un mundo que patrocina descaradamente, la sordera y la incomunicación como los axiomas más evidentes de la degradación moral propia de la posmodernidad.

La propia esencia de la mediación desde la afectividad, incluye una nota fundamental, que le es intrínseca: el diálogo. La verdadera educación afectiva se nutre y se sostiene en el diálogo y, por eso mismo, cualquier intento de afección debe estar contenido en un discurso donde la palabra sea dicha bajo el estigma del respeto y la justicia hacia el otro. Se trata de una relación dialógica continúa mediante la cual sea posible que los protagonistas de cualquier estratagema comunicativa, reconozcan el tipo de problemática que enfrentan, advirtiendo peligros inmersos en el entorno educativo, comunitario y social a fin de crear mecanismos viables a corto plazo, los cuales asertivamente deber ir reinventando esa realidad y brindando un apoyo lo suficientemente lógico, como para sortear barreras y fracturas de diverso orden generando así, desde la propia particularidad educativa, espacios favorables al cambio y a la participación.

La asertividad a la que se hace referencia alude a conductas humanas indicativas de un tipo de concepción personal o social, también se puede extrapolar a la organización educativa, partiendo del hecho de que la asertividad se vincula con el respeto y el reconocimiento de los derechos del otro. La definición que será usada para la comprensión del presente artículo es la propuesta por Hernández y Ruano (s/f) cuando exponen que “La asertividad permite la comunicación empática o eficiente de nuestras expectativas, necesidades y opiniones y logra que las otras personas actúen favorablemente hacia el mensaje. El término empático quiere decir que se tiene la actitud de compartir los sentimientos de la persona con quien nos comunicamos” (p.5). Este concepto, llevado al campo de la educación afectiva, permite entrever las aristas de un fenómeno social que lejos de agotarse se redimensiona y que desde luego, se ensambla con procesos de actualización tecnológica y comunicativa propios de la sociedad posmoderna.

El considerar al ser humano como una totalidad única, que comunica por medio del cuerpo, mente y alma no sólo es una necesidad sino también una manera de afrontar el reto de educar en tiempos de crisis. Un tiempo que en su plenitud tecnológica ha socavado de manera subrepticia las relaciones interpersonales y el deseo de los individuos por comunicarse, sin la mayor presunción que la de hilvanar un rato agradable de conversación. La escuela, pilar estoico de toda cultura,

no puede hacerse la sorda ante la multiabarcante complejidad social, sobre todo porque el recinto educativo es el sitio en el que confluyen y se hacen evidentes las carencias más palpables de la sociedad. Privaciones que al igual que el famoso cuento infantil el traje nuevo del emperador de Hans Christian Andersen (Odense, Dinamarca, 2 de abril de 1805 – Copenhague, Dinamarca, 4 de agosto de 1875) quedarán al descubierto haciéndose efectiva la máxima que reza, con escatológica y profunda autoridad, no hay nada oculto que no haya de ser develado.

Ante esta suerte de encrucijada social, la educación no puede ni debe construir máscaras y fachadas en las que nadie cree, antes bien, debe promover una cultura de la renovación y al igual que ave Fénix, remontar el tiempo y espacio para adquirir una nueva naturaleza, desligándose de un plumaje desgastado que ya no brinda calor, permitiendo así que un hermoso pico, símbolo inequívoco de fuerza y fortaleza, surgen como una ofrenda fragante a ese ser humano que contiene el germen mismo del amor y la perfección de una naturaleza sino perfecta perfectible.

Una vez que se ha denotado, con suficiente claridad, la importancia que tiene para la educación actual el pilar afectivo, se expone una condición *sine qua non*, centrada en el hecho de que los procesos educativos debe renovarse en atención a las necesidades propias de los individuos que la conforman, sin olvidar, como es lógico, los procesos de globalización los cuales parecen imponerse con una fuerza avasallante y el eje transversal conflicto, dos componentes fundacionales de una especial manera de concebir el nuevo orden social y universal. Las ideas expuestas se complementan con la reflexión de un pensador venezolano Pérez-Esclarín el cual ha basado una buena parte de su obra en el análisis de la educación desde sus pilares axiológicos, comunicativos y humanos, destacando que:

Necesitamos con urgencia una educación que proporcione una brújula para poder orientarnos en este mundo turbulento en que vivimos. Una educación que, en palabras de Mounier, despierte el ser humano que todos llevamos dentro, nos ayude a construir la personalidad y encauzar nuestra vocación en el mundo. Se trata de desarrollar la semilla de uno mismo, de promover ya no el conformismo y la obediencia, sino la libertad de pensamiento y

de expresión, y la crítica sincera, constructiva y honesta. Educar es ayudar a conocerse, comprenderse, aceptarse y quererse para poder desarrollar a plenitud todos los talentos y realizar la misión en la vida con los demás, no contra los demás. La genuina sabiduría se resume en el principio socrático "Conócete a ti mismo". Hoy hay demasiadas personas que saben muchas cosas, que están súper informadas, pero muy pocos se atreven a intentar conocerse a sí mismos. (Pérez-Esclarín 2000: 3)

La idea expuesta, se vincula con un hecho paradigmático, la educación debe abrir espacios de armonía, diálogo, intercambio de ideas. Entendiendo que una buena parte de los conflictos que hacen vida y nutren el entorno escolar, sobrevienen cuando los actores y constructores de la convivencia se sienten rechazados, amenazados, vulnerados y peor aun ignorados. De estas depravaciones ha dado fe la literatura universal, la cual en medio de todo su contenido estético y humanístico, ha recreado por medio de la pluma de escritores insignes a los maestros arquetípicos de la perversión y la maldad. Imposible dejar de recordar al maestro lisiado y con la boca hendida que nos presenta Las mil y una noches, que perseguía a sus estudiantes y torturaba cruelmente al grupo con la insignia, a todas luces opresora y descabellada de una educación efectiva. Hoy día este tipo de maestro o docente es inconcebible, quizás siempre lo fue, pero la realidad actual es otra y ya el castigo físico, verbal o psicológico son atrocidades muy difíciles de aceptar o de enmascarar bajo la inocente figura de la disciplina y la corrección.

Aunado a las nuevas exigencias sociales, la educación debe abrir espacios de interacción a fin de comprender los conflictos desde una visión de sus protagonistas y la afectividad de quienes viven en continua interacción educativa hechos. Tal apreciación, implica abrir espacios de mediación de los cuales fluyan, no sólo alternativas de resolución de conflictos, sino como la certeza inmediata de contar con procesos dialógicos flexibles y dinámicos, guiados por un tercero o por un equipo interdisciplinario preparado para asumir la negociación con imparcialidad y apego a la humanidad afectiva que todo ser humano

Mediación: representación de un imaginario colectivo y humano.

El apartado que a continuación se desarrollará parte de la idea de que el entorno educativo denominado escuela, está indisolublemente ligado a individuos que se enlazan bajo determinadas circunstancias históricas. Permeados por un ambiente social y comunitario estos individuos que hacen vida social y cultural, se interrelacionan continuamente facilitando o entorpeciendo procesos comunicativos necesarios para desarrollar la visión y misión de ese colectivo humano. De tal manera que se está en presencia de representaciones sociales” (Jodelet, 1989: 31) donde lo cambiante y lo perceptual se unen en un todo para hilvanar lo que será la historia de un país, de un pueblo o de una comunidad. Álvarez y otros (2001: 146) con respecto a esta concepción y citando a Jodelet, el cual expone que “El ser humano necesita identificar y resolver los problemas que le plantea el mundo que lo rodea. Por eso fabricamos representaciones que nos guían en la manera de nombrar y definir en conjunto diferentes aspectos de nuestra realidad cotidiana, que nos guían en la manera de interpretarlos y de enfrentarlos”.

De tal afirmación, se desprende un aspecto vital para la comprensión de las siguiente líneas y es que la verdadera dimensión tanto humana como social, está estrechamente ligada a las representaciones sociales que le brindan sentido y singularidad a una determinada cultura, pero también se adhieren a los diferentes conflictos que surjan, como consecuencia de imaginarios personales que crean un radiografía vivencial específica para el grupo. De las diversas concepciones propuestas de lo que es un imaginario se asume el aporte de Villar y Amaya (2010: 17) cuando aclara que: “imaginario todo aquello que nace y vive en la mente del ser humano y se traduce en la conducta, y en elementos y manifestaciones físicas y culturales. Cuando los imaginarios son aceptados por una colectividad se vuelven imaginarios colectivos, y de la misma manera se representan colectivamente”

Desde esta perspectiva, un entorno educativo funciona, dentro sus propios límites institucionales como una macro comunidad, escenificando imaginarios y representaciones propias de los individuos que hacen vida y

construyen un tipo clima humano, predominantemente interactivo basado en constructos pedagógicos, sociales, personales y humanos. Desde una primera aproximación, utópica pero no descartable, debería hablarse de relaciones continuas y armoniosas donde se busca el crecimiento personal de los individuos bajo condiciones óptimas de aprendizaje. Se deduce, que todos imaginarios que se gestan en este tipo específico de contexto educativo, dejan al descubierto mecanismos de interacción basados en pilares axiológicos con un fuerte sentido comunicativo. La manifestación de estos imaginarios es de gran importancia, porque la escuela tiene una enorme incidencia en lo que concierne al modelando de identidades colectivas de las cuales se desprenden algunos conceptos vinculados al desarrollo humanístico y crecimiento tecnológico del país.

Ante una cadena interminable de sentidos e interpretaciones, se llega a un punto crucial, en donde es posible entender la complejidad del fenómeno educativo a partir del conjunto de variables expresivas y sociales, sin las cuales es en extremo difícil hablar de representación, desde el imaginario de un colectivo educativo y que sin lugar a dudas, no se establecen de manera tan idealista como se quisiera, antes bien se construyen desde la noción de conflicto, en tanto que en el sentir y la percepción de los sujetos que posibilitan la creación de un determinado imaginario colectivo, no siempre va a estar de acuerdo con aquello que no forma parte de sus estructuras mentales o racionales sobre un concepto o fenómeno en particular.

Ante lo expuesto, se considera al conflicto y a la misma conflictividad como las manifestaciones de un conjunto de representaciones sociales que deben ser asumidas desde sus particularidades intrínsecas, sin deslegitimar que en el conflicto, coexiste un tipo de interpretación sobre un determinado fenómeno que debe ser confrontado con mecanismos afectivos, ya que quienes problematizan o rompen el orden, son personas sujetas a emociones y es muy probable que sus sentimientos o concepciones personales sean los promotores de un grupo importante de situaciones conflictivas.

Ante la presencia de conflictos representativos de un determinado constructo social, surge un modo más o menos viable para afrontar los mismos, convirtiendo situaciones álgidas en espacios de diálogo,

consenso y acuerdos. Este constructo parte de la implementación de la mediación, una que ha dado mucho que hablar y que hoy se le contempla como una herramienta eficaz en la resolución de conflictos asociados a cualquier entorno social.

A esta estructura dialógica por excelencia denominada mediación, se le suele atribuir un rol protagónico dentro del amplio espectro de las representaciones educativas, basadas en la intervención de un tercero imparcial en la búsqueda de acuerdo y soluciones pacíficas. Se le ha conferido la potestad de ser un camino asertivo para conocer necesidades, carencias y emociones propias de personas o grupos en conflicto. Esta apreciación, sin duda alguna le imprime a la mediación una gran responsabilidad, destaca que una parte importante del discurso tendrá que ver directa e indirectamente con lo que los individuos involucrados sienten, es decir con afectividades propias del ser humano. Afectividades o sentimientos que bajo ningún punto de vista podrán ser relegadas a un segundo, sobretodo si se quiere llegar a un acuerdo equitativo sin imposiciones o con alegatos superfluos poco creíbles y hasta caricaturescos.

Pero resulta que la mediación además de darle fuerza a la participación imparcial de un tercero, es el producto de una representación cultural que se apropia de conflictos polifacéticos, abordándolos desde afectividades compartidas, las cuales lejos de anatematizar a los involucrados les permite, desde su trinchera personal, canalizar todos los motivos y posibles conflictos de interés a fin de armar un puzle que no sólo muestre piezas dispersas, sino que escenifique un hermoso dibujo afectivo con matices y colores variados pero delineados de tal manera, que cada palabra dicha sirva para enrumbar las buenas relaciones y la sana convivencia.

Para lograr posicionarse de este tipo de mediación, la investigadora propone, aludiendo a su experiencia docente, a la lectura de literatura especializada en este campo y al análisis de contenido de entrevistas, cinco dimensiones: dialógica, creativa, espiritual, axiológica y orientadora. Todas estas estructuras atravesadas por el eje transversal conflicto y expresadas por medio de cartografías de vida, confidencialidad, códigos de conducta y circunstancias personales con

incidencia social. A continuación se exponen con suficiente detalle cada una de las dimensiones y su respectivo análisis dentro del campo de las afectividades compartidas en el ámbito educativo:

A-. Dimensión dialógica: siendo la mediación un encuentro cara a cara bajo la premisa del diálogo franco y abierto entre interlocutores y un mediador, la esencia de esta estructura se fundamenta en el uso de la palabra que construye significados y es capaz de hacer palpable lo que los individuos sienten y creen. La palabra hablada es vehículo y es el espacio en que el individuo puede asumir pasiones ocultas, más allá del enmascaramiento personal que tipifica a todo ser humano. Dos sujetos o más, que sean parte protagónica y decisiva de un determinado conflicto, deberán hacer uso de la palabra hablada, para adentrarse en el mundo de las justificaciones personales, las cuales darán cuenta de una determinada conducta y por ende de una postura significativa y personal. En este juego de ensalzamientos cada coartada propuesta por los interlocutores debe ser vista y analizada por el mediador, el cual asume un función de primera línea en lo que respecta al direccionamiento de un debate del cual se espera salga un resultado positivo para las partes involucradas.

Este proceso dialógico está signado por la triada bajtiniana que activa lo individual, lo discursivo y lo ideológico. Triada que servirá, no sólo para comprender un fenómeno complejo a todas luces, sino para asignar un lugar importante y por que preponderante a los acuerdos, previo proceso de catarsis discursiva y de comprensión de las necesidades, derechos e intereses de los relatores.

B-. Dimensión Creativa: ésta estructura se configura a partir del reconocimiento de que la palabra hablada puede producir un efecto motivacional o devastador en los interlocutores que participan de la mediación. De tal forma, que cada palabra dicha por el mediador, debe ser un encuentro de reconciliación y para llegar a esta cumbre tan anhelada, es necesario que, además de plantearse un proceso reconciliatorio, se plantee un discurso pleno de afectividades discursivas que introduzca a los adversarios en un nuevo orden comunicativo. El lenguaje técnico propio de un mediador capacitado, estará signado por la creatividad y la búsqueda de nuevas opciones reflexivas, las cuales, encaminadas de

manera asertiva y con los recursos discursivos lógicos pero humanos, darán el fruto esperado. La reconciliación. A propósito de lo que se ha dicho de la creatividad es necesario citar a Almacellas (s/f. s/p) cuando muy poéticamente expone que “La inteligencia hace posible la creatividad humana, que consiste en la participación comprometida y generosa en una realidad que nos ofrece posibilidades valiosas. El lenguaje constituye el vehículo de la creatividad del hombre, del encuentro profundo con su entorno. Merced a la creatividad, los hombres, sin dejar de ser distintos, dejan de ser distantes y extraños y se hacen íntimos”.

Aunado a lo expuesto, el sentido de lo creativo debe ser visto como una poderosa herramienta de interacción personal, de confluencia de afectividades sin las cuales es difícil ver al ser humano en su profunda e inextricable esencia. Tal apreciación obliga a citar un pensamiento bastante remoto pero latente y vigente desde cualquier óptica, se trata de las palabras de Maragall (1903) “Elogio de la palabra” traducido por Sordo (1986) Elogio de la Palabra, texto que sin duda alguna tendrá la interpretación que el lector quiera darle y que subrepticamente lo invitará, a buscar entre sus propios rescoldos personales la infinita y creativa imagen de la palabra:

Mirad al hombre silencioso todavía y os parecerá un ser animal más o menos perfecto que los otros. Pero, poco a poco, sus facciones van animándose, un comienzo de expresión ilumina sus ojos con una luz espiritual, sus labios se mueven, vibra el aire en una sutil variedad y esta vibración material y materialmente percibida por el sentido, trae dentro de sí misma esa cosa inmaterial desveladora del espíritu: la idea. ¡Y cómo! Oiréis el rumor del viento, y el ruido del agua, y el fragor del trueno que dejarán en vuestro espíritu una gran vaguedad de sentimiento, ¿pero no habrá bastante con que un niño pequeño, que sólo se deja oír desde muy cerca, diga suavemente «Madre», para que, ¡oh maravilla!, todo el mundo espiritual vibre vivamente en el fondo de vuestras entrañas? Un sutil movimiento del aire os hace presente la inmensa variedad del mundo y ocasiona en vosotros el intenso presentimiento de lo infinito desconocido. ¡Oh, qué cosa tan sagrada! Dice San Juan: «En el principio era la palabra, y la palabra estaba en Dios»; y dice que por ella fueron hechas todas

las cosas; y que la palabra se hizo carne y habitó en nosotros. ¡Qué abismo de luz, Dios mío! Así pues, ¡con qué santo temor deberíamos hablar! Estando en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, tendríamos que hablar como encantados, como deslumbrados. Porque no hay palabra, por ínfimo que sea lo que represente, que no haya nacido en una luz de inspiración, que no refleje algo de la luz infinita que engendró el mundo. ¿Cómo podemos hablar fríamente y con tanta abundancia? Por eso sabemos escucharnos unos a otros con tanta indiferencia: porque el hábito del demasiado hablar y del demasiado oír nos enturbia el sentimiento de la santidad de la palabra.

La hermosura de esta larga metáfora, sólo corrobora lo que ya se ha planteado, la palabra es vida y es en ella y con ella que se puede lograr una cultura de la paz, es decir una verdadera cultura de la afectividad, asociada a mecanismos de negociación basados en el respeto por lo cada persona siente y cree.

C-. Dimensión Espiritual: es una de los mecanismos más complejos, de los que no se puede hablar o enunciar sin rozar disimuladamente, alguna zona álgida de la vida de cualquier humano. La denominada espiritualidad es una estructura superior que le garantiza al sujeto una conexión con un orden superior representado en un principio vital. La noción de espiritualidad es una variable relativizada por lo construcciones sociales, de tal manera que una buena parte de los individuos practica un tipo de espiritualidad heredada o construida por sus propios esquemas de razonamiento, bajo una empatía de tipo religioso o de la presencia de un ser supremo Dios. A la espiritualidad se le ha conectado con el sentido de trascendencia. Aclara Martínez-de-Toda (2003:71) que “En general “espiritualidad” se entiende como una existencia religiosa comprometida. El elemento más importante de esta espiritualidad con compromiso de fe es la experiencia personal de Dios. De esa experiencia vienen un entendimiento y una comprensión también personales de esa relación con Dios, así como una actitud básica, práctica y habitual, que gobierne la vida del sujeto (Alphonso 1994: 11). Y así hay una espiritualidad hindú, budista, musulmana y cristiana”.

Lo referido por este estudioso, se entreteje con el tema de la mediación en tanto que la comunicación dialógica, bajo una óptica de la afectividad humana, deberá tener presente que cada sujeto es portador, a veces instintivo, de un tipo muy especial de espiritualidad, basada en creencias y sustentada en un tejido fino e inextricable ofertado por la dinámica social. Una dinámica que muestra una compleja red de sentidos, en lo concerniente al tópico de la espiritualidad que al igual que la posmodernidad se abre a muchas interpretaciones y tergiversaciones.

D- Dimensión Axiológica: el ser humano también es poseedor de mecanismos personales que le ayudan a analizar la realidad en forma crítica desde el punto de vista de valores ajustados a determinadas estructuras sociales. Como es de hacer notar, la estructura axiológica es también una representación muy profunda, basada en principios de razonamiento moral, en los cuales se entrecruzan como en una ósmosis desapercibida, el ser y el deber ser en una intrincada red de representaciones sociales. Mostrarse al mundo como somos o como el mundo nos quiere ver, es en sí mismo, un acto titánico del cual, a veces, se sale ileso o sencillamente demolido. Expone Piotrowski (s/f: 131-132) que “los valores deben estar incluidos tanto en el proceso de la educación del hombre, como en toda situación educativa. Su selección debe responder a la apertura del hombre, a la realidad en que vive para, de este modo, ayudarlo a resolver los conflictos y dificultades que tendrá que superar” Más adelante aclara que “no es posible hablar del hombre sin recurrir a sus relaciones con otros hombres y al mundo de los valores “

Desde esta óptica, todo proceso social que busca la resolución de conflictos por la vía de la mediación tendrá que operar, para ser realmente efectivo, desde una plataforma axiológica que supere los mecanismos de manipulación, amaestramiento y domesticación tan fáciles de implantar. Propone Jiménez (2003: 23), a propósito de una psicopedagogía de los valores, que “Si seguimos aceptando la significación etimológica de la palabra educación como educere “guiar por un camino”, tenemos que aceptar que los semáforos, los indicadores insustituible de ese camino, son los valores”. Desde esta tarima de deliberaciones, se percibe a la mediación como un camino permeado por valores los cuales directa e indirectamente le imprimen un radio de acción absolutamente definitorio, a todo proceso de intercambio de ideas que busca la solución pacífica

de un determinado conflicto. Vale decir que sin valores esenciales como respeto, confidencialidad, justicia y otros tantos es improbable alcanzar la cima de la empatía es decir de un estado de apertura tanto al conflicto como a la solución.

E-. Dimensión Orientadora: para desplegar ésta estructura, se parte de la idea de que todo proceso de mediación está barnizado por la orientación. La orientación será el mecanismo más directo para llevar a las partes en conflicto a un nivel de razonamiento guiado y analítico. Para vislumbrar un concepto de orientación que sirva de base a la mediación se asume el planteamiento de Calonge (2004: s/p) cuando propone que “La orientación vista con el prisma de la pedagogía antiautoritaria, estructurará la relación de ayuda alrededor de las necesidades del sujeto, facilitando en todo momento un clima de libertad, donde él pueda compartir sin coacción las cuestiones que considere relevantes y significativas, estimulando siempre la clarificación y toma de sus posiciones, sobre la base de la correspondiente auto-evaluación”.

Esta definición, apoyada en la idea de que el mediador o equipo de mediación son mecanismos de captación de información, servirá para desplegar todo un sentido de la ordenación sistémica partiendo del diálogo que conduce y guía hacia nuevas realidades discursivas y personales. Al decir sistémica, se hace referencia a un conocimiento asertivo de los procesos implícitos en la mediación, partiendo de modelos validados de los cuales se desprende una asertiva conciliación con las características propias y creativas implícitas en un proceso que debe ir, de una fase inicial, hasta pasar por un recorrido dialógico y de reflexión que permita la consolidación de acuerdos a favor de ambas partes.

Queda plantearse, la enorme necesidad de ofrecer una mediación lógica y hasta cierto punto técnica, mediante la cual el mediador, estando bajo la investidura moral y circunstancial de dirigir una sana comunicación, propicie la deliberación a un punto o nivel afectivo en el que los involucrados puedan reconstruir, desde sus más profundas convicciones, aspectos que los han alejado de valores universales como el amor al otro. Un acto, sin lugar a dudas altruista y formidable que deberá enlazar los postulados de la tradicional escuela de Harvard para

plantear procesos claros de negociación colaborativa, sin olvidar que lo que se quiere es aprovechar la oportunidades latentes para transformar una situación como lo asume el modelo Bush y Folger (1996) llegando así a una confrontación de los individuos con su realidad a partir de la implementación de narrativas, tal como lo plantea Cobb (1995) donde lo interpersonal se confronta para generar nuevas interpretaciones y nuevos significados, los cuales permitirán la manifestación de acuerdos a favor de los involucrados en un singular proceso de catarsis e interacción de afectos compartidos.

Ante lo expuesto, queda claro que el mundo, la sociedad y muy especialmente los entornos educativos, requieren de la mediación no sólo como herramienta de negociación, sino como la plataforma para que los individuos, comiencen a modificar sus afectos y realmente le asignen sentido al apotegma que dice “amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

Conclusión

Ciertamente que el tema de la mediación, está y estará durante un tiempo indefinido en el tapete de las disertaciones que se aperturen sobre la posmodernidad y la necesaria renovación del afecto como un vehículo para promover la felicidad del colectivo. Igualmente toda reflexión sobre la misma, deberá verse desde el hombre y para el hombre, pues todo conflicto es construido por sujetos que poseen sus propias especificidades y que han sido modelados por una sociedad, que a veces coadyuva para pervertir lo bueno y lo justo que cada hombre, mujer, niño o niña tiene originalmente en su corazón. Vale decir, que si la mediación no es el único camino para replantear la paz y la sana convivencia, es una forma dialógica que no se puede descartar, pues el requisito que usa es la palabra, dicha y pronunciada sin ningún intermediario y está palabra hilvanada con afecto y con lógica podrá causar un efecto tan impactante, que los sujetos protagonistas del conflicto, tendrán la opción de asistir a un espacio de crecimiento donde el mayor riesgo es ser mejor persona, mejor amigo, mejor vecino y mejor compañero. Un compromiso que sin duda alguna deberá correrse en aras de construir una sociedad más afectiva y más propicia al diálogo sincero, abierto e íntimo.

Bibliografía

- ALAMCELLAS, M, Elogio de la Palabra de Joan Maragall a la luz de la Estética de la Creatividad de Alfonso López Quintás. Disponible: www.hottopos.com/harvard3/angeles.htm. Consulta 24 de septiembre 2011.
- ÁLVAREZ, G; ÁLVAREZ, A; y FACUSE, M. La Construcción Discursiva De Los Imaginarios Sociales: El Caso De La Medicina Popular Chilena*. En: *Onomazein* 7 (2002): 145-160 Universidad De Concepción. Este Artículo Es Una Versión Corregida Y Modificada De La Ponencia Presentada En El Xiv Congreso Nacional De La Sociedad Chilena De Lingüística, Sochil, Osorno, Octubre De 2001.
- BUSH R. y, FOLGER J. (1996). *La Promesa de la Mediación*. Editorial Granica. Barcelona. España.
- CALONGE, S (2004). *Fundamentos Contextuales De La Orientación Educativa*. Investigación Y Postgrado, Abr. 2004, Vol.19, No.1, P.145-170. Issn 1316-0087.
- Cobb, Sara: *Una Perspectiva Narrativa De La Mediación. Hacia La Materialización De La Metáfora De "Narración-De-Historias"* Material Bibliográfico Del Curso "Negociación Y Resolución De Conflictos", Universidad De California, Santa Bárbara, Agosto - Septiembre De 1995.
- COBB, S (1995). *La pragmática del potenciamiento del protagonismo en la mediación: una perspectiva narrativa*. Material bibliográfico, Curso de negociación y resolución de conflictos. Universidad de Santa Bárbara, California, Estados Unidos.
- DEBESSE, M y MIALARET, G (1976). *Aspectos Sociales de la Educación*. Barcelona: Oikos-Tau.
- Jiménez, F (2003) *Valores Para Creer y Vivir*. Psicopedagogía de los Valores. Madrid: San Pablo.
- JODELET, D. (1989). "Représentations sociales: un domaine en expansion", en D. Jodelet (ed.), *Les représentations sociales*, París, PUF, 7a ed. 2003.
- HERNÁNDEZ, L y RUANO, E (s/f) *La Disciplina Asertiva: Un Elemento Para La Administración Del Aula*. Disponible en: 74.52.178.178/~ebiguat/.../Módulo%20Disciplina%20Asertiva.pdf.
- GONZÁLEZ, E (s/f) *Educación en la Afectividad*. Facultad de Educación, Universidad Complutense.- Madrid. Disponible en: www.amigonianos.org/.../ – España.
- MARAGALL, J (1903) *Elogio De La Palabra*. Barcelona: Edicions Del Mall, 1986, 19-25. Discurso Leído Por Joan Maragall En El Ateneo Barcelonés En La Sesión Inaugural De 1903. (15 De Octubre) Traducido Por Enrique Sordo. Disponible en: Línea: Wwww.Visat.Cat/Traduccions-Literatura-Catalana/.../Joan-Maragall.Html -

- MARTÍNEZ-DE-TODA, J. (2003) La Espiritualidad del Comunicador Cristiano: En: Revista Teología Y Vida, Vol. XLIV (2003). pp. 68-101
- MARTÍNEZ-OTERO, V (2006) Educación de la afectividad y construcción Identitaria. La Educación "Las emociones y la formación de la identidad humana". En: XV Seminario Interuniversitario de Teoría de La Educación. "Las Emociones y la formación de la identidad humana". Universidad Complutense De Madrid. Universidad De Salamanca. Noviembre De 2006. Disponible: www.ucm.es/info/site/docu/25site/ad3motero.pdf.
- MARTÍNEZ-OTERO, V (2007) La Buena Educación. Reflexiones Y Propuestas De Psicopedagogía Humanística. Rubí/ Barcelona. Anthropos Editorial.
- MONJE y otros (2009) Influencia De Los Estilos De Comunicación Asertiva De Los Docentes En El Aprendizaje Escolar. En: Psicogente, 12 (21): Pp. 78-95. Junio, 2009. Universidad Simón Bolívar. Barranquilla, Colombia.
- PÉREZ ESCLARÍN, A (2000) Educar en tiempos de crisis. Centro de formación de Fe Y Alegría. Maracaibo-Venezuela. Ponencia Disponible en: www.Revistayque.Com/V1/Males.../104-Educacion-En-Tiempos-De-Crisis.
- PIOTROWSKI, B. La Axiología y La Educación. Universidad De La Sabana. Disponible en: EstudioiQUITOS.Obolog.Com/Axiologia-Epistemologia-Educacion-507822.+
- VILLAR, M y AMAYA, S. (2010). Imaginarios Colectivos y Representaciones Sociales En La Forma De Habitar Los Espacios Urbanos. Barrios Pardos Rubios y Rincón De Suba. Revista De Arquitectura, 12, 17-27.